

franceses, y apenas entró en palacio, abrazó á la reina, á su hermana, á sus hijos, y hubiera querido poder hacer lo mismo con todo su pueblo. En señal de confianza hizo abrir el jardín de las Tullerías, que estaba cerrado desde los atentados del 20 de Junio, precipitándose en él la muchedumbre, que fué á aturdir con sus gritos de amor á las mismas ventanas que la víspera llenaba de insultos. La familia real creyó tener algunos días buenos; pero ¡ah! el primero que gozaba despues de tantos años no duró siquiera hasta la noche.

Presentado en la sesion de la noche el decreto del directorio del departamento que suspendía á Petion en sus funciones, hizo revivir las disensiones mal apagadas. Un sentimiento, por dulce que sea, permanece poco tiempo en el mismo estado; el rencor se habia apagado un momento, pero como estaba más en las cosas que en los corazones, estalló de nuevo con más fuerza.

El pueblo acompañó con gritos de muerte al directorio del departamento, que la Asamblea habia llamado á su seno. «¡Volvednos á Petion!—gritaba el pueblo.—¡Laroche-foucauld á Orleans!» Estas terribles vociferaciones llegaron hasta el corazón del rey, borrando en él la alegría pasajera que habia experimentado. La sesion de los Jacobinos fué más turbulenta que la del dia anterior. «En la Asamblea se abrazan,—dijo Billaud-Varennes.—Este es el beso de Júdas, éste es el beso de Carlos IX ofreciendo la mano á Coligny. Así se abrazaban en el momento en que el rey preparaba su fuga el 6 de Octubre; así se abrazaban ántes de los asesinatos del Campo de Marte; se abrazan, pero ¿concluyen las conspiraciones de la corte? ¿Nuestros enemigos avanzan por esto ménos en las fronteras? ¿Y Lafayette es por eso ménos traidor?...»

## IV

Con tales auspicios se acercaba el dia de la federacion; la reina lo esperaba con terror, y todo revelaba proyectos siniestros para este aniversario, porque la Francia revolucionaria, enviando á los federados de Brest y de Marsella, habia llevado á París á sus hombres más temerarios. La familia real vivia en la agonía de un asesinato, y toda su esperanza se fundaba en las tropas extranjeras que le habian prometido enviar en el término de un mes, y en el palacio se contaban los instantes aguardando con ansiedad la llegada del duque de Brunswick á París. La reina habia señalado en el calendario el dia de su libertad, y no se trataba sino de vivir hasta entónces; no obstante, la reina temia á la vez ver sacrificado á su marido por el veneno, el puñal ó las balas de los asesinos.

Espiados hasta en el interior de las más secretas de sus habitaciones por centinelas de la guardia nacional que vigilaban todas las puertas, más como carceleros que como defensores, la familia real gustaba sólo en apariencia los alimentos que servian á la mesa, haciéndose traer su comida misteriosamente por manos seguras y fieles. La reina hizo vestir al rey un peto compuesto de quince telas de seda fuerte, á prueba del puñal y de las balas. El rey se prestó, por complacer á la ternura de su esposa, á estas precauciones contra el destino. Las revoluciones no asesinan, pero inmolan; el desgraciado príncipe lo sabía. «No me herirán por la mano de un malvado,—decia en voz baja á la camarera de la reina que le probaba el chaleco acolchado,—su plan ha cambiado: me matarán á la luz del dia y como rey.» Habia adquirido estos presentimientos con la lectura de otras catástrofes rea-

les que le predecian la suya. Tenia en el testero de su gabinete el retrato de Carlos I pintado por Van Dyck, y la historia de este príncipe siempre abierta sobre su mesa, estudiándola para interrogarla, como si sus páginas encerrasen el misterio de un destino que queria conocer para engañarlo; pero no se lisonjeaba ya á sí mismo, conocia su porvenir, y salvar á la reina, á sus hijos y á su hermana era el término de sus esperanzas y el móvil de todos sus esfuerzos. En cuanto á él, el



Chabot.

sacrificio estaba hecho, todos los dias lo renovaba en sus actos religiosos, que le elevaban y le infundian resignacion. «No soy afortunado,—respondió á uno de sus confidentes que le aconsejaba jugase heroicamente su suerte con la fortuna.—Sin duda aún puedo intentar medidas audaces; pero tienen resultados funestos que yo podria exponerme á arrostrar por mí mismo, pero no puedo exponer á ellos mi familia. La fortuna me ha enseñado á no fiarme mucho de ella; no quiero huir por segunda vez, porque lo pasé muy mal la primera; prefiero la muerte, que no tiene nada que me asuste, y me ensayo á sufrirla todos los dias. Se contentarán con mi vida, y dejarán la de mi mujer y mis hijos.»

La reina tenia las mismas ideas. Una melancolía abatida, interrumpida solamente por algunos destellos de varonil firmeza, habia reemplazado en su rostro y

en sus palabras á la serenidad de sus dias felices. Principió á entrever que formarían causa al rey, y dijo con este motivo á su amiga la princesa de Lamballe: «En cuanto á mí, como soy extranjera... me asesinarán. ¿Qué será de nuestros pobres hijos?» Con frecuencia sus camaristas la sorprendían llorando; á una de ellas que le presentó una bebida calmante en un acceso de dolor, le dijo: «Dejadla sobre la mesa; estos medicamentos son inútiles para las enfermedades del alma; la languidez y el espasmo son las enfermedades de las mujeres dichosas. Desde mis desgracias no siento nada; sin embargo, lo único que siento es mi destino. No digais nada de esto al rey».

No obstante, algunas veces la esperanza prevalecía sobre el abatimiento de esta alma; la energía de la juventud y del carácter se sobreponía á sus presentimientos. Obligada por temor de las reuniones de los barrios y de las sorpresas nocturnas á dejar sus habitaciones del entresuelo, María Antonieta había hecho poner su cama en un cuarto del primer piso, entre el del rey y el de sus hijos; se despertaba mucho tiempo antes del día, y había prohibido que se cerrasen las persianas y las cortinas de las ventanas, á fin de gozar de los primeros albos del cielo que venían á abreviar lo largo de sus noches de insomnio.

Una de estas noches de Julio en que la luna alumbraba su habitación, contempló por mucho tiempo el cielo con un recogimiento interior de alegría. «¿Veis esa luna?—dijo á la persona que velaba al pié de su cama.—Cuando dentro de un mes venga otra vez á alumbrar este cuarto, me encontrará libre y dichosa, y nuestras cadenas se habrán roto.» Entónces le dió cuenta de sus esperanzas, de sus temores, de sus angustias, del itinerario de los príncipes y del rey de Prusia, de su próxima entrada en Paris, de sus inquietudes por la explosión de la capital, de la aproximación de los ejércitos extranjeros, y de su tristeza por la falta de energía del rey en las crisis. «El no es cobarde,—dijo;—al contrario, es impasible ante el peligro, pero su valor está en el corazón y no sale de allí comprimido por su timidez. Su abuelo Luis XV ha alargado su infancia hasta los veintiún años, y se resentirá de esto su vida; no se atreve á nada, sus propias palabras le asustan. Una palabra enérgica salida de su boca en estos momentos y dirigida á la guardia nacional, arrastraría á todo Paris en su defensa, pero él no la dirá. Yo ya me atrevería á obrar y montar á caballo, si fuese preciso, pero sería dar armas contra él, y se gritaría ¡Muera la Austriaca! Una reina que no es regente, en mi situación, debe callar y prepararse á morir.»

## V

Madama Isabel recibía las confidencias de los dos esposos y las caricias de sus hijos; su fe, más sumisa que la de la reina y más tierna que la del rey, hacía de su vida un continuo holocausto, no hallando, así como su hermano, ningún consuelo sino al pié de los altares. Allí ofrecía todas las mañanas su resignación; la capilla de palacio era el fuerte en donde la familia real se refugiaba contra tantos padecimientos, pero aún allí les perseguía el rencor de sus enemigos. Uno de los primeros domingos de Julio, algunos soldados de la guardia nacional que ocupaban la galería por donde el rey pasaba para ir á oír misa, gritaron: ¡Basta de rey! ¡Abajo el veto! El rey, acostumbrado á estos insultos, oyó aquellos gritos y vió aquellos insolentes ademanes sin extrañarlos; pero apenas la familia real estaba

arrodillada en su tribuna, cuando los músicos de la capilla empezaron á tocar las canciones revolucionarias de la *Marsellesa* y del *Ca ira*. Los mismos cantores, escogiendo en los salmos los versículos amenazantes que la cólera de Dios dirige al orgullo de los reyes, los cantaban con afectación, repitiéndolos muchas veces, como si la amenaza y el terror saliesen del santuario mismo en donde la familia ultrajada venía á buscar el consuelo y la fortaleza.

El rey fué más sensible á este ultraje que á los otros. «Me parece—dijo al salir—que hasta Dios se vuelve contra mí.» Las princesas se pusieron los libros delante de los ojos para ocultar sus lágrimas.

La reina y sus hijos no podían respirar el aire libre: cada vez que abrían las ventanas, oían gritar en el terraplen de los Fuldenses: ¡Queremos la cabeza de María Antonieta! Los buhoneros exponían estampas infames en las que se representaba á la reina como una Mesalina y al rey como un Vitelio. Las risotadas del populacho respondían á los apóstrofes obscenos que estos hombres dirigían, acompañados de indecentes gestos, á las ventanas de palacio. El interior mismo de los aposentos no estaba seguro de insultos y de peligros. Una noche, un ayuda de cámara que velaba en un corredor á la puerta de la reina luchó con un asesino que se deslizaba por la sombra. María Antonieta se arrojó del lecho al ruido: «¿Qué situación!—exclamó.—¡Ultrajada de día, y expuesta á ser asesinada de noche!»

A cada instante se esperaban nuevos asaltos de los barrios. Una noche en que se temía una irrupción, el rey y madama Isabel, despiertos y en pié, habían prohibido que se despertase á la reina. «Dejadla descansar algunas horas,—dijo el rey á madama Campan;—bastantes penas tiene para que se las aumentemos.» Cuando se despertó la reina, se quejó amargamente de que la hubieran dejado dormir durante la alarma de palacio. «¡Mi hermana Isabel estaba con el rey y yo dormía!—exclamó.—Yo soy su mujer, y no quiero que corra ningún peligro sin que yo participe de él.»

En estos dias de turbación fué cuando el rey recogió y ocultó los papeles descubiertos después en el *armario de hierro*. Sabido es que este príncipe, más hombre que rey, se distraía de los cuidados del trono con el trabajo de mano en el oficio de cerrajero; para perfeccionarse en él, había admitido hacía diez años en su taller á un cerrajero llamado Gamain. El rey y el artesano eran amigos, como hombres que pasaban muchas horas juntos y se comunicaban mutuamente muchos de sus pensamientos. Luis XVI confiaba en la fidelidad de su compañero de trabajo, y por esto le encargó que hiciese en el espesor de la pared de un corredor oscuro que había en su aposento un hueco cubierto con una puerta de hierro oculta artísticamente con madera. Allí guardó el rey papeles políticos importantes y las correspondencias secretas que había tenido con Mirabeau, Barnave y los girondinos, creyendo el corazón de Gamain tan seguro y tan mudo como la pared á que había entregado sus secretos. Gamain era un traidor, y denunció no sólo á su rey, sino á su compañero y amigo.

## VI

El día de la federación, Luis XVI fué con la reina y sus hijos al Campo de Marte, escoltado por tropas de fidelidad dudosa. Un pueblo inmenso rodeaba el altar de la patria; los gritos de ¡Viva Petion! insultaron al rey á su paso; la reina

temblaba por los días de su esposo. El rey se dirigió, colocado á la izquierda del presidente de la Asamblea, hácia el altar á traves de la muchedumbre. Inquieta la reina, le seguía con la vista, creyendo á cada instante verle inmolar por los millares de bayonetas y picas por entre las cuales pasaba. Estos momentos fueron para ella unos siglos de angustia. Al pié del altar de la patria, un movimiento confuso producido por el flujo y reflujo de la multitud hizo desaparecer al rey por un instante; la reina creyó que le habian herido, y dió un grito de horror; el rey apareció y prestó el juramento cívico. Los diputados que le rodeaban le invitaron á dar fuego por su propia mano á un trofeo expiatorio que reunía todos los atributos del feudalismo, para reducirlos á cenizas. La dignidad del rey rechazó el acto que querían imponerle, y se negó á hacerlo diciendo que la feudalidad estaba destruida en Francia por la Constitución mejor que por el fuego. Los diputados Gensonné, Juan Debry, Garreau y Antonelle encendieron por sí mismos la hoguera, y fueron aplaudidos por el pueblo. El rey se reunió á la reina, y volvió á palacio atravesando por medio de un pueblo taciturno. Vencidos los peligros de este día, Luis XVI entrevia otros más terribles. No habia ganado sino un día más.

Al otro día, uno de los más grandes agitadores del 89 y el primer provocador de los Estados generales, llamado Duval d'Eprenesnil, que se habia hecho odioso á la nación porque no habia querido de la revolución sino la convocatoria de los parlamentos, y que en cuanto éstos se habian visto atacados, se pasó al partido de la corte, se encontró en el terraplen de los Fuldenses con unos grupos del pueblo que le insultaron y le designaron al furor de los marseleses, que le acuchillaron á su sabor, arrastrándole por los cabellos hasta el arroyo de la calle de San Honorato, hácia un albañal adonde iban á tirarlo. Algunos guardias nacionales le arrancaron moribundo de manos de sus asesinos, y le llevaron al cuerpo de guardia del Palacio Real. La multitud, sedienta de sangre, asediaba las puertas del cuerpo de guardia, hasta que advertido Petion acudió, se abrió paso entre la chusma, y en cuanto entró en el puesto, estuvo contemplando á Eprenesnil largo tiempo en silencio y con los brazos cruzados sobre el pecho, desmayándose al poco rato, horrorizado á la vista de este siniestro cambio de la opinion. Cuando el corregidor de Paris volvió en sí, el desgraciado Eprenesnil se incorporó con mucho trabajo en la camilla donde le habian llevado. «Yo tambien, señor,—dijo á Petion,—he sido el ídolo del pueblo, y ya veis lo que ha hecho conmigo. Puede que os reserve igual suerte.» Petion no respondió nada, las lágrimas corrían de sus ojos, y desde este día tuvo el presentimiento de la inconstancia y de la ingratitud del pueblo.

Otros asesinatos frecuentes cometidos por la multitud, revelaban una fiebre sorda cuyos accesos no tardaron en estallar en actos más trágicos y más generales. Un sacerdote que habia prestado y despues retractado el juramento constitucional, fué ahorcado de un reverbero en la plaza de Luis XV. Un guardia de corps que atravesaba el jardín de las Tullerías, y que miraba con enternecimiento el palacio de sus antiguos señores convertido en cárcel, fué descubierto por las lágrimas que derramaba, cogido por una porcion de mujeres y de muchachos de quince á diez y seis años, arrastrado por el suelo y ahogado con excesiva barbarie en el estanque del jardín debajo de las ventanas del rey.

La guardia nacional reprimía débilmente estos atentados, viendo que su fuerza moral se perdía con la aproximación de los marseleses. Puesta entre los excesos

del pueblo y las traiciones achacadas á la corte, enconándose contra los unos, temía que se sospechase que protegía á los otros; su situación era tan falsa como la del rey, colocado asimismo entre la nación y los extranjeros. La corte conocía su aislamiento y reclutaba secretamente defensores para la crisis que divisaba sin mucho miedo. Los suizos, tropa mercenaria pero fiel; la guardia constitucional, recientemente licenciada, pero cuyos oficiales y sargentos recibían sus pagas secretamente y permanecían en Paris para reunirse cuando fuese necesario; quinientos ó seiscientos hidalgos llamados de las provincias por su adhesión caballeresca á la monarquía, y repartidos en diferentes posadas y casas de huéspedes del cuartel de las Tullerías, provistos de armas que ocultaban entre su ropa, y teniendo cada uno una



Luis XVI ocultando su correspondencia secreta en el armario de hierro.—Pág. 447.

seña y una tarjeta que les facilitaba la entrada en el palacio los días de reunión; compañías de hombres del pueblo y de antiguos militares que recibían sueldo de la lista civil, y mandados por Mr. de Augremont, en número de quinientos ó seiscientos hombres; además, la inmensa servidumbre de palacio; los batallones de la guardia nacional de los cuarteles afectos al rey, tales como el de la Cuesta de los Molinos y el de las Hijas de Santo Tomas; un cuerpo de gendarmería á caballo, compuesto de soldados escogidos en los regimientos de caballería; y en fin, una porcion de tropas acantonadas en las cercanías de Paris: todas estas fuerzas, reunidas constitucionalmente alrededor de las Tullerías en un día de combate, prestaban á la corte un apoyo sólido y la esperanza de una victoria de que el rey podía sacar partido para la restauración de su autoridad.

Estas fuerzas eran efectivas y más que suficientes si hubiesen sido bien dirigidas contra las numerosas pero desordenadas de los barrios. El rey confiaba, y los cortesanos tenían seguridad, y bien lejos de temer una nueva insurrección, la

deseaban en los conciliábulos de las Tullerías. La certeza de destruir y derribar á los hombres del 20 de Junio tranquilizaba todos los ánimos. El trono habia llegado á tal punto de decadencia, que no podia realizarse sino por una victoria. Esperaba la batalla, y se creia preparado á ella.

## VII

Por su parte los girondinos y los jacobinos, consternados por la reaccion en la opinion que la jornada incompleta del 20 de Junio habia producido en Paris y en las provincias, se preparaban al último ásalto. Aunque no tuvieran un acuerdo previo sobre la naturaleza del gobierno que darian á Francia despues del triunfo del pueblo, tenian necesidad de triunfar, y conspiraban juntos para destronar su enemigo comun. La llegada de los marseleses á Paris debia ser para los dos partidos la señal y el medio de accion. Estos hombres enérgicos, feroces, sofocados por la larga marcha que acababan de hacer en medio de los calores del estío, y enardecidos en el camino por el incendio de las opiniones que devoraba las poblaciones y los campos, traian las llamas á Paris; más aguerridos para las empresas desesperadas que el pueblo fogoso pero poltron de la capital, los marseleses debian ser el centro de la gran insurreccion. Eran una banda de mil quinientos hombres, acceso viviente del furor demagógico que refluía de las extremidades del imperio para venir á dar fuerza al corazon. Se habian aproximado conducidos por jefes subalternos; los dos jefes habian llegado ántes á Paris; eran éstos los dos jóvenes marseleses Barbaroux y Rebecqui.

Este habia sido uno de los primeros agitadores de su país en 89, cuando en la eleccion de Mirabeau para la Asamblea constituyente se alborotaron Aix y Marsella; habiéndosele formado causa por su participacion en esta insurreccion, habia sido defendido por su elocuente cómplice ante la Asamblea; hecho jefe de los jacobinos de Marsella, se puso á la cabeza de los batallones de la guardia nacional de esta ciudad que habian marchado sobre Arles y arrancado á la venganza de las leyes á los asesinos de Aviñon. Enviado al tribunal de Orleans por este hecho, le declaró libre por la amnistía que los girondinos habian arrancado para los crímenes del Mediodía. Resuelto á llevar la revolucion hasta su término, aún á riesgo de traspasar los límites que ella se habia propuesto, Rebecqui, ligado entónces con los girondinos, habia vuelto á Marsella y reclutado, de concierto con Barbaroux, la columna móvil de marseleses de que los conspiradores de Paris tenian necesidad para electrizar á Francia y llevar á cabo sus designios. El llamamiento de esta fuerza popular fué pensamiento de madama Roland y ejecutado por sus dos jóvenes seides, y miéntras los oradores y tribunos de la Asamblea peroraban vanamente en los Jacobinos, en los Franciscanos y en el Picadero, agitando las masas sin darles el impulso preciso, una mujer y dos jóvenes tomaban sobre sí la responsabilidad de los acontecimientos, y preparaban el momento supremo de derrocar la monarquía.

Barbaroux y Rebecqui encontraron á Roland en los Campos Elíseos pocos dias ántes de la llegada de los marseleses; el antiguo ministro y los dos jóvenes se abrazaron con aquel sentimiento de solemne tristeza que precede en el corazon de los hombres resueltos hasta llevar á cabo proyectos extremos. Despues de haber hablado en voz baja de las desgracias de la patria y de los planes de que se ocu-

paban, convinieron, para no hacerse sospechosos á los espías de la corte, en tener al otro dia en casa de madama Roland su última entrevista.

Los dos marseleses fueron por la noche á la pequeña habitacion de la calle de la Harpe, en donde vivia desde su caida el ministro desgraciado. Madama Roland, alma de su marido é inspiracion de sus amigos, asistió á la reunion y la elevó á la altura y á la resolucion de sus ideas. «La libertad se pierde si damos tiempo á la corte,—dijo Roland;—Lafayette ha venido á revelar á Paris con su presencia dictatorial el secreto de las traiciones que ha meditado en el ejército del Norte; el del Centro no tiene ni comité, ni adhesion, ni general. ¡Dentro de seis semanas los austriacos estarán en Paris!»

Se desplegaron mapas, se estudiaron las posiciones, las líneas de los rios, las vertientes de las montañas, los desfiladeros que podian oponer obstáculos más inaccesibles á la invasion de los extranjeros; se designaron los campos de reserva destinados á cubrir sucesivamente las líneas secundarias, cuando las principales fuesen forzadas; en fin, se resolvió apresurar la llegada de los batallones de Marsella para ejecutar el decreto del campamento á la inmediacion de Paris, y para prevenir por una insurreccion decisiva el efecto de las *tramas* de la corte. Quedó convenido que Petion, que era necesario al movimiento proyectado por el ascendiente de su nombre, y necesario en el corregimiento para paralizar toda resistencia de la municipalidad y de la guardia nacional al complot, conservaria su papel de neutralidad legal é hipócrita, tan útil á los proyectos de los agitadores. Barbaroux, comiendo con él algunos dias despues, le dijo que no tardaria mucho en estar preso en su casa. Petion lo entendió y se sonrió; su mujer simuló asustarse. «Tranquilizaos, señora,—dijo Barbaroux;—si ponemos preso á Petion, será cerca de vos, y se le atará con cintas tricolores.»

Carra advirtió igualmente á Petion que no se le comprometeria respecto á sus deberes oficiales de corregidor, dándole una guardia de seguridad que, aparentando violencia, le impediria obrar en el momento de la insurreccion. Petion aceptó de tal suerte este papel en la comedia de legalidad que se iba á representar, que se quejaba despues del acontecimiento de que los conjurados habian tardado en hacerle prender, y tuvo que apresurar repetidas veces por sí mismo la llegada del destacamento que debia fingir su prision. Madama Roland fué el alma, Petion el medio, y Barbaroux, Danton y Santerre los directores del movimiento.

Los conspiradores buscaron durante algunos dias un general capaz de imprimir una direccion militar á sus fuerzas indisciplinadas, y de crear un ejército del pueblo contra el ejército de la corte. Pusieron los ojos en Montesquiou, general del ejército de los Alpes, que se hallaba en estos momentos en Paris, adonde habia ido para solicitar refuerzos. Montesquiou era ambicioso de gloria, de dignidades y de riqueza, adicto por su nacimiento al partido de la corte, y por sus principios y por la perspectiva que la revolucion abria á su fortuna, al partido del pueblo. Parecióle á Danton uno de esos hombres que se dejan ganar para prestar un gran servicio á la libertad como para prestárselo al trono. Roland y sus amigos tuvieron una conferencia con este general en casa de Barbaroux; allí le descubrieron parte de sus planes, que Montesquiou escuchó sin admiracion y sin repugnancia, pero no se decidió, por lo que creyeron que la corte se les habia adelantado, y que Montesquiou, dudando del resultado de esta última lucha entre el pueblo y el rey,